



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Skating-Ring.



—Ésta también caerá, como si lo estuviera viendo... ¡Cuando á mi se me pone entre ceja y ceja, caen hasta las que andan sin patines! Conque con ruedas, no digamos...

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Pues señor..., por José Estremera.—Sano consejo, por Sinesio Delgado.—¿Guerra á los viejos?, por Eduardo Bustillo.—Fidel Trapatista, ó el prestidigitador trashamante, por Juan Pérez Zañiga.—La agencia del diablo, por Emilio Sánchez Pastor.—Menadencia, por Eduardo Navarro González.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Skating-Ring.—Cambios de la suerte, por Cilla.—El apogeo del arte (dos viñetas), por Mecachis.—El retrato de ella (seis viñetas).—La agencia del diablo (cuatro viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

Aquí no ha habido bombas en los teatros, gracias á Dios; pero el ángel del infortunio bate sus alas sobre los principales coliseos.

El de la Princesa ha dado fin á sus trabajos; en el de la Comedia ha habido necesidad de suspender las representaciones del drama *Luciano*, por causas ajenas á la voluntad de la empresa, y los demás

«establecimientos» trico-dramáticos arrastran una vida poco próspera.

Lara y Apolo han tenido, sin embargo, la suerte de estrenar *Zarigüeta* y *La verbena de la Paloma*, producciones ambas muy bien recibidas por el público, y esto les ha salvado. Gracias á dichas obras han salido de su retraimiento las familias pudientes y el teatro de la Corredera se ve todas las noches concurridísimo, y el de Apolo cuenta las representaciones por llenos.

Á no haber ocurrido la suspensión de *Luciano*, también la Comedia tendría á estas horas público abundante y bien parecido.

La última obra de Dicenta merece los aplausos con que fué recibida por el auditorio y por los críticos ó sacerdotes del arte, y Thuiller, el actor de moda, ha conseguido una ovación inmensa desempeñando el papel de protagonista. Aplausos, vítores, frases entrecortadas por el frenesí: de todo hubo para el joven actor, que celebraba su beneficio de manera tan brillante. Después, en su cuarto, le abrazaban con efusión los amigos, los admiradores, los que le han visto abrir los ojos al mundo del arte y los que compartieron con él los días venturosos de la infancia.

Y uno quería estrujarle, otro conducirlo á su casa en triunfo y otro... pedirle dos pesetas sin testigos.

Orilladas las dificultades que se oponían á la representación del drama, volverá éste á la escena y obtendrán nuevos triunfos el autor y su intérprete inspirado.

La vida del autor dramático no es tan dulce como supone un poeta de Gínzo de Limia, soñador y melancólico, á quien conocí el año pasado debajo de una parrá.

Dicenta, antes del brillante éxito que obtuvo la noche del Domingo, vióse obligado á recorrer una senda «erizada de abrojos.» Halló en Mario todo género de facilidades para la representación del drama; pero surgieron complicaciones, dolencias y otras cosas más, y el autor estuvo á punto de desfallecer en el combate. Venció al fin; la obra se puso en ensayo; representóse, por último, y aplaudieron los espectadores; pero suspendidas las representaciones, ¿qué hacer?

Héteme de nuevo á Dicenta con el rostro pálido, el pulso febril, la mirada vaga... ¡Ay! ¡Si pudiera verle entonces el poeta melancólico de Gínzo de Limia!

¡Cuánto mejor vive él en su aldea, alejado de estas luchas diarias, donde perdemos la salud y el humor y el duro apreciable que nos proporciona la alimentación cotidiana!

Créame el vate de Gínzo: vivir de este modo no es vivir, y los aplausos ¡ay! se conquistan muchas veces á costa del hígado.

¡Ay, otra vez!

Después de todo, los amigos íntimos de Dicenta y Thuiller le obsequiaron con un almuerzo en prueba de admiración y de cariño; y aquel acto fraternal y suculento fué una especie de compensación á las amarguras sufridas y á la bilis elaborada por ambos hígados.

El almuerzo tuvo un carácter de intimidad por todo extremo simpático, y ni hubo brindis rípidos, ni á nadie se le ocurrió decir lo que hemos oído en muchos banquetes:

«Señores, es preciso que de aquí salga algo práctico.»

Tampoco «se derrochó el ingenio,» que es otra de las cosas que hacen siempre los escritores cuando se sientan á la mesa, si hemos de creer lo que dicen los periódicos al día siguiente.

Lo único que hubo fué armonía cariñosa y alimentación sana, esto último debido al buen natural de los propietarios del Café Inglés, donde se celebró el almuerzo.

Hace dos días que no se mata nadie, ó si se mata no lo sabemos, porque la prensa oculta esta clase de noticias á fin de no impresionar al público, cortando al propio tiempo la manía de las imitaciones.

Está averiguado que el hombre es un mono de imitación, y más de una vez se ha dado el caso de matarse una señora en un piso principal y decir inmediatamente la vecina del segundo:

—¿Conque se ha suicidado D.^a Paca la de abajo? Pues yo también.

Y matarse la vecina del segundo, sin más ni más.

No diciendo nada los periódicos, se evitan estos plagios, y los únicos encargados de acabar con nosotros serán los doctores y acaso, acaso los académicos.

¡Hay cada discurso de recepción que bastaría para acabar con España entera! La suerte que tenemos es que casi nadie los lee.

Luis Taboada.

★

PUES SEÑOR...

Para ver lo que es belleza, para saber lo que es gloria era preciso haber visto la cara y talle de Rosa.

Es bella como una palma, fuerte como una matrona, y con mejillas de nieve mezclada con amapolas, iba por la calle, y todos, al ver tan linda persona, se la quedaban mirando abriendo un palmo de boca. Se hablaba de sus encantos diez leguas á la redonda; sólo por verla acudían gentes de tierras remotas.

Rabiaban de amor los mozos, como de envidia las mozas, y para sí las más bellas decían: ¡Quién fuera Rosa! Pero como en este mundo la perfección no se logra, dicen que la moza nunca fué tan buena como hermosa.

La virtud de una hermosa que fama y prestigio logra ha de tener de escaparse ocasiones, y no pocas. El mundo, que ciertas culpas con facilidad perdona, olvidaba á la culpable deslumbrado por la hermosa. Mas no así el padre Benito, el capellán de las monjas, santo que vino á la tierra para dar á otros la gloria; hombre recto é inflexible, pero de tan buena monita

que en muy poco tiempo hacía santas de las pecadoras. El cual, por su fe cristiana, se propuso á toda costa redimirla, y lo ocurrido ahora lo dirá la historia.

—Angelito, ¿esta es la puerta de los cielos?

—Sí, señora.

—¿Estará San Pedro?

—Líame.

¡Pam, pam!

—¿Quién llama?

—Soy Rosa.

Como el postrimer suspiro acabo de dar ahora, he venido aquí volando por si la misericordia del cielo me deja entrar.

—Tu fuiste gran pecadora; mas como el padre Benito te ha confesado, de sobra tienes méritos, y puedes pasar adelante, hermosa.

—¡Pam, pam!

—¿Quién es?

—Soy el padre.

Benito, que ha muerto ahora.

—Ya lo sé.

—Y vengo á mi puesto.

—Amigo, pues te equivocas. Tienes que ir al purgatorio todo un siglo, á ver si logras olvidarte en ese tiempo de que has confesado á Rosa.

Poré Estremera.

Cambios de la suerte.



—Se me figura que ese tramoyista que me mira con ojos espantados es Federico, mi novio de la infancia. ¡Infeliz!
¡Cómo me ha de reconocer si no me ha visto desde que andábamos por esas calles vendiendo *La Correspondencia*! Y...
¡quién sabe! puede que volvamos á andar todavía...

SANO CONSEJO

Si quieres que te quiera, niña hermosa,
no me debes mirar provocativa,
pues más conseguirás estando altiva,
cruel, indiferente ó desdenosa.

Porque el hombre es así: persigue, acosa
guiado por su propia iniciativa;
mas si le quitan su papel, esquivo
cualquier coquetería fastidiosa.

Le gusta el néctar... escogiendo el vaso
en que lo ha de beber. Yo te lo aviso.
A ti te basta con salirme al paso;
que yo te sacaré del compromiso
y ya me atreveré, si llega el caso.
¡Y aun pasará la raya, si es preciso!

Sinesio Delgado.

*

¿GUERRA Á LOS VIEJOS?...

Ya leí, Bremon amigo,
tus justas, recientes notas
de cronista de la vieja

«Ilustración Española»,
donde, amargo más que dulce
y más en serio que en broma,

como aquel que tira un guante
para que alguien le recoja,
de jóvenes que hoy escriben
en cuenta injusticias tomas,
y arranques que no te explican,
y gritos que no razonan.

¡Por qué á los viejos ofenden
cuando defienden sus obras,
si son jóvenes los críticos
que de ellas hacen chacota?...

Cusi niños, de las letras
la república alborotan
no aquellos que más estudian,
sino los que á más se arrojan.

Ó codicia del provecho
ó impaciencias por la honra,
el ingenio esterilizan
que acaso, al nacer, asombra.

Si el ansia es llegar á saltos,
¡qué aspereza no es penosa?
El arte! Largo camino
para una vida tan corta!

Tras el trabajo y la lucha,
los que al fin la cima tocan
ya viejos, en su camino
á la juventud no estorban.

Muchos que á subir empiezan

son los que impacientes chocan,
buscando el sendero falso
que abre la torpe lisonja.

El viejo al joven anima
con la sonrisa en la boca,
con la voz de la experiencia,
con la luz de su corona.

Yo, yo le vi embebecido
ante la brillante aurora
con que una musa naciente
hizo gala de luz propia.

¡No nos sorprende hoy un viejo
con la voz encantadora
de una musa que ahora nace,
cuando él ya alcanzó la gloria!

Entre el dolor y la muerte
cuna halló su lira hermosa:
como él antes ya era artista,
su primer canto, es victoria.

No, en la vejez no halla rémora
la aspiración generosa
del que, al ir hacia la cumbre,
con fe en el arte se apoya,
y acata leyes eternas
que el arte escribió en su historia
y en vano suplir pretende
fantasía caprichosa.

¡Ley dura, pero ley santa,
la que en la vejez remozó
y al que coronó de nieve
de eterno laurel corona'

Eduardo Bustillo.

FIDEL TRAPATUESTA

Ó EL PRESTIDIGITADOR TRASHUMANTE

I

Si vais á Villapastel,
os dirán los aldeanos
que para juegos de manos
no hay otro como Fidel.

Fidel era un calavera
que vivió en Madrid seis meses
de la trampa, y crió ingleses
como un bohemio cualquiera,

llegando á tal situación
que no le faltó el pan nuestro
gracias á que era un maestro
de prestidigitación,

y en vez de andar por la villa,
á éste acecho, al otro estrujo,
se fué á echárselas de brujo
por los pueblos de Castilla.

En sus viajes peregrinos
pasó por Villapastel,
á cuyo alcalde cruel
detestaban los vecinos,

y en un arranque de humor
que nadie pudo soñar,
llevó el alcalde á cenar
al prestidigitador,

y dispuso en una hora
dar una función casera
para que se distrajera
su simpática señora,

sin presumir que la tal
(que nunca le ha sido infiel)
se iba á prender de Fidel
lo mismo que un animal.

II

Con los mejores descos
Fidel hizo aquella noche
lo que se llama un derroche
de lindos escamoteos.

¡Con qué prontitud sacaba
dos armarios de una vela!
¡Cómo al maestro de escuela
se le caía la baba,

sobre todo al verle, en pos
de un resultado seguro,
meterse en la manga un duro
y luego sacarse dos!

No es posible recordar
tantos juegos de una vez.
Pidió una moneda al juez
y no se la ha vuelto á dar.

Prendió fuego á una banasta
que estaba llena de ropa,
y de un sombrero de copa
hizo después una plasta.

Sacó en un momento un sable
de un alfiler imperdible...
Y aquí llega lo terrible
de la fiesta memorable.

Faltaba el juego mejor
entre los más sorprendentes,
cuando notaron las gentes
la ausencia del jugador,
y aquel alcalde cerril
se enteró, vertiendo hiel,
de la fuga de Fidel
con la alcaldesa gentil.

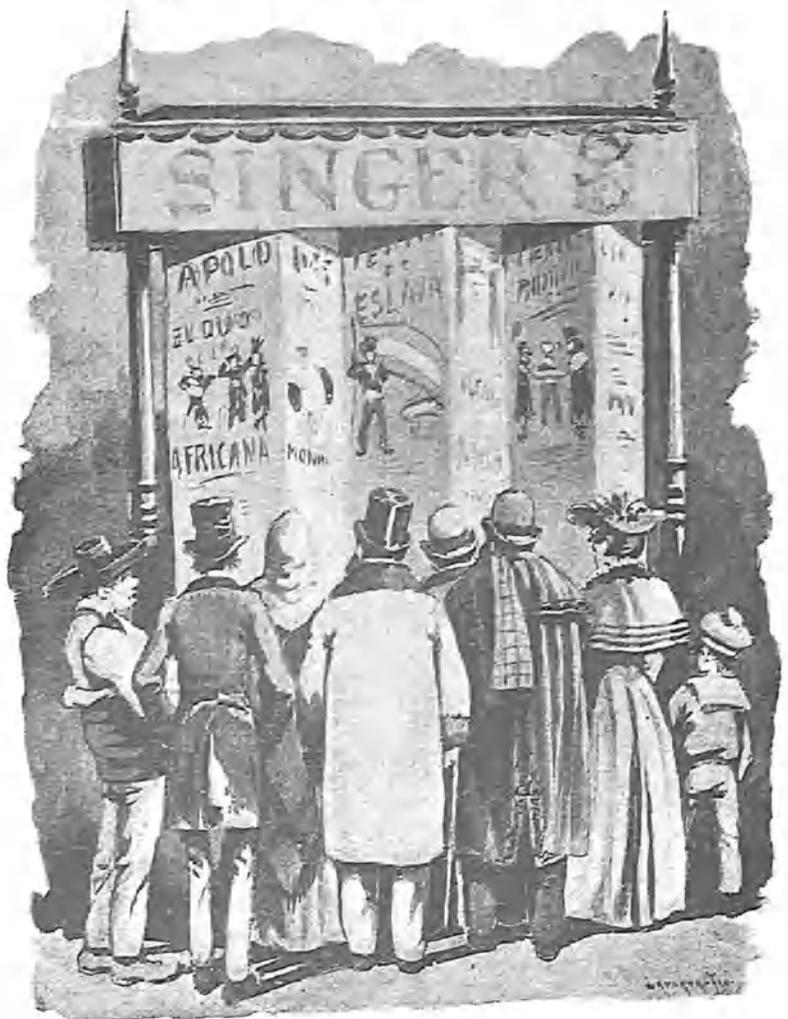
En fin, lector (ó lectora),
¡figúrese usted la gresca
que armaría al ver el esca-
moteo de su señora!

Por tres ó cuatro naciones
el infeliz la ha buscado,
hasta que Fidel se ha hartado
de juegos y de excursiones
con aquella desgraciada,
y al año de haberse ido,
se la ha devuelto al marido
corregida y aumentada.

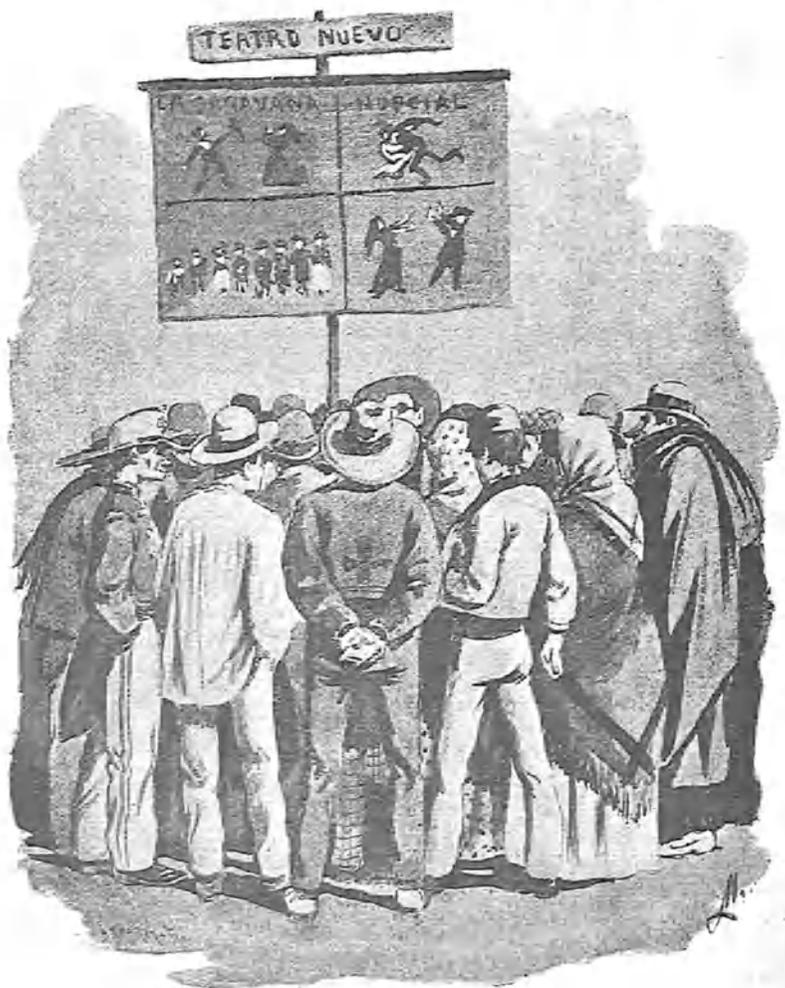
¡Por eso en Villapastel
afirman los aldeanos
que para juegos de manos
no hay otro como Fidell

Juan Pérez Zúñiga.

EL APOGEO DEL ARTE



Así han empezado á ponerse los carteles de los teatros.



Y así se anunciarán pronto las funciones, si Dios no lo remedia.

EL RETRATO DE "ELLA,"



—Yo estoy muy enamorado ¿sabe usted? y quisiera que de esta fotografía me hiciera usted un retrato grande, al óleo, para besarle todas las mañanas.



—Justo. ¡Y llaman! ¡Es él! ¿Qué hacemos ahora?



—Hay que apretar un poco, porque ese hombre se empeña en venir á verle dentro de diez minutos...



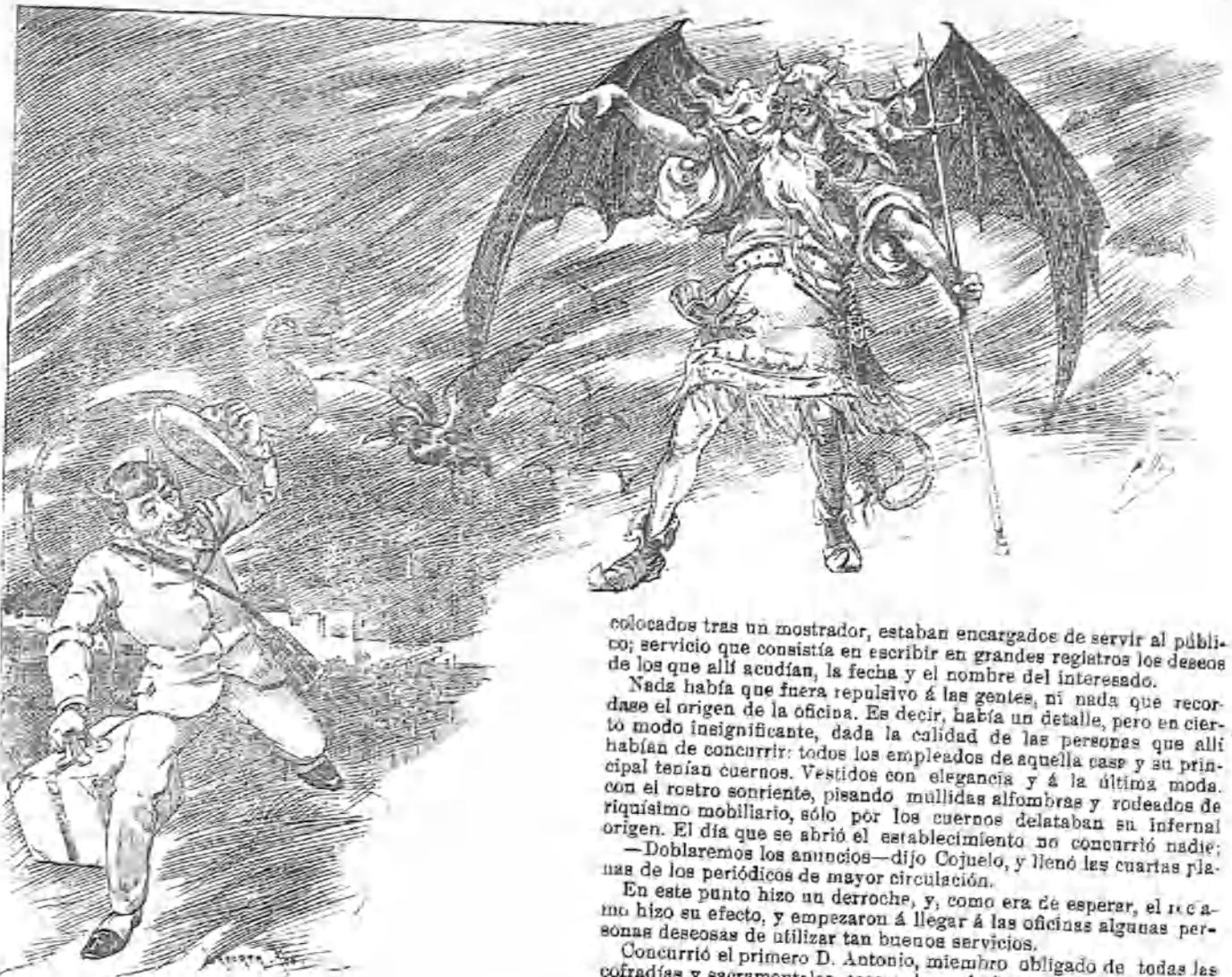
—¡Magnífica idea! ¡Admirable! No te muevas, por Dios.



—¿Sabes que me parece que me estás echando á perder el óleo por apoyarte donde no debes?



.....!



La agencia del diablo.

—Pues señor—dijo Satanás, sacando un puro que encendió en la caldera de pez hirviendo que tenía más cerca,—esto va muy mal. Hace dos siglos que nadie me evoca.

—Te has quedado atrasado—le respondió el diablo Cojuelo.

—¿Cómo atrasado!

—Es cierto. Hoy se pierde la gente sin tu intervención, y es porque se desconoce tu influjo. El reclamo es ahora la base de todo negocio; tú no te anuncias. Así no se puede seguir.

—Pero, si no me llaman, ¿qué voy á hacer yo?

—Tú no conoces la época. Es un anacronismo eso de la evocación: hoy no se llama á nadie en el mundo para nada; hay que presentarse, anunciarse, ofrecerse, hacer que las gentes reparan en uno... En suma, meter el género por los ojos del público.

—Y eso ¿cómo se hace?—preguntó Satanás asombrado.

—Autorízame para obrar en tu nombre y yo hajaré á la tierra y verás que el infierno es chico para las almas que voy á traer.

—Mañana es tarde—replicó Satanás abriendo cada ojo como un plato;—pero dudo del éxito.

—Tú déjame hacer.

—No te vayas á colar por la boca de alguien, como hiciste con Carlos II de España, que luego nos echán la culpa de todas las cosas, y eso nos desacredita mucho en la historia.

—Que no, hombre. ¡Pero qué anticuado estás en los procedimientos!

Al día siguiente de este diálogo, los periódicos de Madrid traían en sus cuartas planas unos insolentes anuncios que el público tomó como verdadera broma de algún gracioso poco ocupado. Más ó menos decían todos:

«AGENCIA DEL DIABLO.—Se compran almas en cualquier uso. Esta casa facilita toda clase de malas acciones y ayuda á la realización de todas las maldades. Secreto garantido.»

El diablo Cojuelo montó su establecimiento con lujo excepcional. El despacho central de la agencia lo constituía una sala llena de armarios donde tenía el censo de toda la humanidad formando folios ordenadamente expuestos. Unos cuantos diablos secundarios,

colocados tras un mostrador, estaban encargados de servir al público; servicio que consistía en escribir en grandes registros los deseos de los que allí acudían, la fecha y el nombre del interesado.

Nada había que fuera repulsivo á las gentes, ni nada que recordase el origen de la oficina. Es decir, había un detalle, pero en cierto modo insignificante, dada la calidad de las personas que allí habían de concurrir: todos los empleados de aquella casa y su principal tenían cuernos. Vestidos con elegancia y á la última moda, con el rostro sonriente, pisando mullidas alfombras y rodeados de riquísimo mobiliario, sólo por los cuernos delataban su infernal origen. El día que se abrió el establecimiento no concurrió nadie;

—Doblabamos los anuncios—dijo Cojuelo, y llenó las cuartas planas de los periódicos de mayor circulación.

En este punto hizo un derroche, y, como era de esperar, el ruido que hizo su efecto, y empezaron á llegar á las oficinas algunas personas deseosas de utilizar tan buenos servicios.

Concurrió el primero D. Antonio, miembro obligado de todas las cofradías y sacramentales, casero de nacimiento, usurero de afición

y fundador de hospitales para pobres, huérfanos, impedidos y demás desgraciados, si bien en todas las fundaciones entraba el dinero de los demás, nunca el suyo, y aun solían quedarle en el manejo de la caridad algunas cantidades para aumentar el contenido de su sagrado arcon de oro.

—¿Qué deseas tú?—dijo Cojuelo al verle.—Grandísimo bribón, si ya te tienes ganado el infierno sin nuestro concurso...

—Yo no necesito más que reputación de caritativo.

—Pero, hombre, si la tienes inmensa...

—Me lo dicen los que utilizan mis servicios; pero no lo creen, lo sé positivamente, no lo creen.

—Y ¿qué le vamos á hacer?

—Yo daría mi alma por que lo creyesen de verdad.

—Pues, hijo mío, eso no es de mi negociado. En la conciencia no mando.



Luego se presentó Matilde, la hermosa rubia que tiene loco á Madrid con sus gracias y en lujo.

—Queridísima Matilde—dijo Cojuelo al verle, tornándose en el diablo más amable del mundo,—te esperaba.

—No sabe usted qué teagraciada soy.

—¿Tú! ¿Tienes pocos amantes? Te ofrezco los que quieras y en el país que te dé la gana. Te admito que te podemos

proporcionar monarcas destronados, que no los hay todos los días.
 —No quiero nada de eso.
 —Pues habla.
 —Todos esos me desprecian en el fondo de su corazón.
 —¿Y qué te importa?
 —Yo quiero que me quiera uno, nada más que uno, como se ama á las mujeres honradas.
 —Si te es igual que te lo diga...
 —No; yo quiero que lo sienta de todo corazón.
 —Pues llévate tu alma, porque yo no mando en la memoria de las gentes.



A Matilde signó Arturito. Iba á ofrecer su alma por una reputación universal de literato. ¿Cómo se consigue eso? Cojuelo le explicó un procedimiento sencillito.

—Escribe siempre lo que te dé la gana, y empieza por asegurar tú el primero que cuanto sale de tu pluma es lo mejor de lo que hasta ahora se ha impreso en lengua castellana.

Del reclamo subsiguiente se encargaba la agencia. La vanidad de Arturito se vería satisfecha en plazo breve, porque el diablo le garantizaba el aplauso de los tontos, que, como es sabido, constituyen la mayoría.

—Y los sabios, ¿qué harán?—interrumpió el futuro literato.
 —Eso, por no quedar mal con el vulgo, te aplaudirán también.
 —Pero no me creerán grande.

—¿Qué te han de creer? Entonces no serían sabios.
 —Pues eso es lo que necesito.
 —Vete enhorramala, entonces; yo no mando en la inteligencia.



—¡Vaya una gente!—decía ya amostazado el representante de Satanás en la tierra.—¡Pues no se desuelgan con pretensiones poco exorbitantes! ¡Lucidos íbamos á quedar si todo el mundo fuera como esos tipos! ¿Quién nos habrá causado todo este daño? Han equivocado la agencia. Vienen á las oficinas del mal y resultan enamorados del bien... ¡Qué gentuza!

Un «¿se puede pasar?» tímido y apagado interrumpió las reflexiones del diablo, y se presentó un joven elegante, de aire encogido y que parecía cohibido por el terror y aguijoneado por el deseo.

Cojuelo, sin hacerle pregunta ninguna, se dirigió á un armario y agarró uno de los infolios, al propio tiempo que ordenaba á uno de sus dependientes que le trajera la letra C de solteras de la población de Madrid.

—¿Cuánto saben ustedes!—dijo el joven.
 —¡De bastante nos sirve todo esto!—replicó el diablo, de peor humor cada vez.
 —Yo venía precisamente por la letra C de solteras de Madrid.

—Ya lo sabemos. Adoras á Carmencita Regueros. ¡Buena chicas!
 —Me desprecia.
 —Porque no tienes dinero.
 —Eso he pensado yo.

—Pues has pensado bien; aquí tenemos la reseña de su carácter para mayor claridad: «Ambición; sueña con el lujo y con el fausto. Se la puede perder con dinero.»

Y diciendo esto, apuntaba Cojuelo en una de las páginas del registro que le había alcanzado el dependiente.

—Yo no quiero perderla—opuso el joven tímido.

—El procedimiento me es á mí igual. Cada uno tiene el suyo. Tú comprometes aquí tu alma; yo te hago rico, y tú la compras; si prefieres que sea en legítimo matrimonio, mejor; así tendremos venta y sacrilegio en un solo negocio.

—Y diga usted, y perdone: si viene otro después y da su alma por el mismo fin, ¿ustedes no aceptarían?

—¡Bonita idea tienes del diablo! Esa chica es para ti solo.
 —¡Qué alegría, Dios mío!
 —¡Eh! Poco á poco; aquí no se salta al respeto á la casa. Para hablar de Dios te vas á la calle.
 —Ustedes perdonen... pero, una pregunta, si me la permite usted, porque yo la quiero mucho á ella. ¿Qué es eso de sacrilegio que antes he oído?
 —Hombre, si acude al altar sin quererte comete un sacrilegio.
 —¡Ah! Pero ¿no me va á querer?
 —Es igual; será tuya, será fiel, te cuidará mucho, te mimará hasta la muerte.
 —¡Qué alegría!... Pero ¿dice usted que no me va á querer?
 —¡Pedazo de bárbaro!—gritó Cojuelo.—Con dinero se compra todo en las mujeres, menos el corazón.

—¿El corazón no?
 —Ni te hace falta.
 —¡Pues si eso es lo que yo quiero! Si no me llevo mi alma.
 —¡Llévatela, maldito!—exclamó el diablo, exasperado, al tiempo que arrojaba todos los libros de la oficina al suelo, poseído de una rabia que parecía el ataque de un enajenado furioso. Los registros levantaban chispas al golpear con el suelo, como si fuesen pedernales arrojados contra un pavimento de acero, y el enamorado de Carmen huyó aterrado de aquella mansión, aguijoneado por el eco de las más horribles blasfemias que el diablo y sus dependientes habían comenzado á vomitar al tiempo que, lanzando llamaradas por los ojos, incendiaban la oficina y el edificio, como si hubiera estado impregnado todo de materias explosivas.



—Estamos perdidos—dijo Cojuelo al entrar en el infierno nuevamente y verse frente á Satanás.

—Ya sé que no ha resultado nada.
 —¡Qué mil hermanos van á resultar! La gente hoy se dedica á buscar la verdad en todo.

—Hace tiempo que estaba yo sospechando eso. Hemos sido unos brutos; nos hemos pasado diez siglos favoreciendo á todos los agitadores del espíritu humano, ayudando á todos los preconizadores de la razón, creyendo que por ahí se aumentaría la soberbia de las criaturas y las sublevaciones contra el Creador, y el resultado ha sido que la humanidad marcha ahora camino de la verdad...

—¡Que es el camino de Dios!
 —Aunque nos esté mal el decirlo—rugió el rey de las tinieblas acompañando la frase con unas cuantas blasfemias que ponían los cuernos de punta á los diablillos más acostumbrados al brutal lenguaje de su igneo monarca...

Emilio Sánchez Pastor.



MEMORANDIA

—¿Qué tienes? ¿qué te sucede? Tú estás enfermo.

—No tal.
 —¿Qué te ha ocurrido?

—Una cosa tan extraordinaria y tan...
 —Sigue.

—Yo debo al casero...
 —¿Y eso es lo raro?

—Verás, varios meses, y me apremia.
 —Todo eso es muy natural.

—A fuerza de economías (porque me gusta pagar)

junté algunos duros, pocos, y con solícito afán fulme á verle, le expliqué con acentos de verdad mi situación angustiosa, y casi le hice llorar... ¡Y al alargarle los duros los rechazó! ¿Lo creerás?

—¡No quiso admitirlos!
 —¡No!

—¡Es un buen rasgo en verdad! ¿V te dió razones?

—¡Una sola! ¡Que quería más!

E. Navarro González.



CHISMES Y CUENTOS.

Por fin... podemos participar á ustedes que tenemos á su disposición el tomo correspondiente á 1893, encuadernado.

Porque como todo llega en este mundo, han llegado también las colecciones.

Con esta fecha servimos los pedidos que se nos habían hecho, y de hoy en adelante los que deseen el tomo lo recibirán á vuelta de correo.



¿A que no saben ustedes á quién van á hacer académico de la lengua si la Divina Providencia no se opone?

—A Moret!
 —¡Al propio D. Segismundo Moret y Pröndergast, ministro de no se cuántas cosas!

Lo que yo quisiera saber es en qué



diablos se fundan los señores académicos para admitirle en su seno. Porque así nos enteraríamos todos de que el Sr. Moret había escrito algo que valiera la pena.

Aunque ya sé lo que dirán ellos:

—¿Casi todos nosotros somos poetas... y más desconocidos!

Un anuncio:

«Dinero en el acto sobre libros, muebles de lujo, pianos y bicicletas.»
«Eh! No se puede dar dinero por cosas más distintas. ¡Libros y bicicletas! Todavía no he salido de mi asombro. Sobre todo porque veo excluidos á los tricícles y á la loza fina...»

Permita Dios que te envíen
de embajador á Marruecos,
para que nadie se acuerde
de que te has ido y no has vuelto.

El fotógrafo Sr. Nieto ha tenido la bondad, que le agradecemos, de remitirnos una preciosa fotografía, que representa la vista del gran salón del Palacio de Bellas Artes, en el acto del banquete celebrado en honor de los jefes y oficiales de infantería y caballería que se han distinguido en los últimos combates de Melilla.

Libros:

Moros en l'horta ó el rifeño Ben-cheroni, propósito bilingüe en un acto y en verso, original de D. Luis Bernat y Ferrer, estrenado con gran éxito en el Teatro Ruzafa, de Valencia.

Ruido, colección de lindísimas composiciones en verso de D. Miguel Santos de Mera y Cuevas. Precio: 75 céntimos.

Cosas de pueblo, juguete lírico en un acto y en prosa, original de D. Calixto Navarro y D. Mariano Herrero, música del maestro Santonja, estrenado con gran éxito en el Teatro Romea, donde continúa representándose.

El general Ricardo y la campaña del Rosellón, conferencia dada en el Centro del Ejército y de la Armada por D. Francisco López Cerezo.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Rabón.—Me da en la nariz que eso, aunque no es una cosa del otro jueves, lo ha copiado usted de alguna parte. Y lo digo porque escribe usted las seguidillas en prosa, que es como no las ha escrito nadie en el mundo.

El muñeco de la Giraldá.—El estilo no es propio, ni mucho menos. A los maletas se les llama *maletas*, pero no *maletazo*, aunque sean grandes. Digo, me parece.

P. P. T.—El primero es fuerte... y vulgar. Los otros dos son vulgares á secas.

Rodajas.—¡Ay! Tampoco puedo aprovechar ésa.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el pague á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Sr. D. A. C.—«Y desde entonces estoy enamorado,» es un verso que tiene más sílabas que las necesarias. Todo lo demás es muy mediano.

Cantos et Petra.—No tienen nada de particular, sino que en la primera se habla mal de las anegras, cosa de que ya estamos hartos.

Abencerraje.—De oportunidad sí es, pero de eso del anarquismo se han dicho tantas cosas de un par de años á esta parte...

Sr. D. J. R. P.—Aunque usted parece listo,

las bagatelas que he visto

tienen el inconveniente

de serlo efectivamente.

Remo.—Sabe usted por qué es eso? Porque escoge usted mal los asuntos, y ¡oh! no puede usted decir nada de provecho, ni en serio ni en broma.

Cachimir.—Aun perdonando las faltas de ortografía, que no se pueden contar, como las estrellas del cielo, no se podrían perdonar los versos, que, en ley de Dios, son bastante malos.

Sr. D. R. A. U.—Se publicará la *Consulta*.

Sr. D. J. de C.—Pero si el soneto debe tener catorce endecasílabos, y en el de usted no tiene catorce sílabas casi ninguno! Cuéntelas usted, con un poquito de paciencia, y se convencerá en seguida.

Uno Ada.—Inocente todo, y eso que se trata de bombas explosivas nada menos.

Mis cantares.—Bien medidos, lo que se llama bien medidos sí están, pero publicables no son, por la vulgaridad que tiene el honor de acompañarlos.

El cabo Parrilla.—El romance es un poquito pedestre, y del asunto no hablemos, porque no tiene miga de ninguna clase.

Clarinet.—Entre otros muchos defectos tiene el de que *lenguaje y des-enlace* no son consonantes por ahora. Veremos cuando se resuelva la crisis.

Mintar.—El segundo tiene gracia, pero peca de fuertecito.

P. Ere. A.—Tampoco puedo aprovechar ningún cantar de esos.

El cabo del regimiento.—«No digo más

y me marchó,

querabrán de tu Mannel

me voy á comer el rancho.»

Buen provecho le haga, pero ¡cuánto mejor sería haberlo dicho en prosa vil y bajal!

Maest Pedro.—La idea es demasiado vieja, y la forma no es todo lo sencilla que fuere menester.

Calas verdes.—Y ¡qué me importa la opinión de usted, muy señor y almendruco mío?

Nerón.—Se publicará. ¡Hombre! ésta es buena semanita, á Dios gracias.

Advertencias.—1.ª No es posible contestar á todas las cartas, y menos particularmente como desean algunos. 2.ª Tampoco podemos devolver los originales; porque cada una de estas dos cosas haría necesario un negociado especial con oficiales, escribientes etc., etc., y ustedes me perdonen.

HIGIENE DE LA CABEZA

Agua de Quina Palomar.

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstruyente del cabello y el único remedio que conserva perfectamente limpia y perfumada la cabeza sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de

hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

Fascos desde 1 peseta á 6 pesetas.

Puntos de venta: Fuencarral, 27, principal derecha.
Perfumería.

Por mayor: MELCHOR GARCIA, Capellanes, 1 duplicado.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPANÍA COLONIAL

TAPIOCA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 26 desp.º
Teléfono 934.